

La Carta de la Paz, un itinerario de evidencias

JORDI CUSSÓ PORREDÓN. Economista y Director de la Universitat Albertiana.

Ponencia presentada en las Jornadas Interdisciplinares: CONVIVENCIA EN EL SIGLO XXI organizadas por el Ámbito de Investigación y Difusión María Corral. Barcelona, España, 1992.

No hace mucho, se decía que los últimos años de este milenio eran como la obertura musical del próximo siglo. Estudiando los distintos acontecimientos que se han ido sucediendo, podríamos descubrir aquellos hechos que se irán desarrollando plenamente a lo largo del nuevo siglo y que caracterizarán su convivencia.

Una de las cuestiones que ha estado más presente en los medios de comunicación social, en nuestras conversaciones habituales, porque preocupa a casi todos los ciudadanos, ha sido la paz. Ésta ha sido siempre un deseo de la humanidad. Sin ella no podemos pensar en otras realidades como la familia, la cultura, la sociedad, etc. La paz es necesaria para poder vivir y realizar estas cosas. Si bien éste ha sido siempre un tema de moda, más que nunca lo es en este fin de siglo, aunque ello no supone que se halla sabido vivir en paz. De esta preocupación, nacen muchas iniciativas, entre ellas, la "Carta de la Paz, dirigida a la O.N.U."

Vivimos un momento histórico que muchos califican de apasionante. Tenemos un potencial inmenso en nuestras manos. Hemos sido capaces de alcanzar retos que parecían imposibles hace sólo cincuenta años: progresos científicos, médicos, tecnológicos. Por otra parte, seguimos teniendo planteados problemas graves tanto a corto como a largo plazo.

En medio de toda esta algarabía de acontecimientos, uno tiene la sensación de que los hombres hemos olvidado aquellas cosas más elementales para poder vivir. Entramos en el siglo XXI con una gran sofisticación que nos deslumbra e, incluso, que no nos deja ver la realidad. Pero la mayoría de problemas, inquietudes, angustias, insatisfacciones, vienen dadas por las realidades de siempre, aquéllas que se encuentran en la base de nuestra persona, nuestra psicología, nuestro entorno familiar, etc. De hecho, son aquellas cosas que todo el mundo sabe, aunque nadie las viva por completo; que todo el mundo conoce, pero que no se acaban de formular nunca. Diríamos, en un sentido positivo del término, que son sencillas, que son las más simples, pero, en definitiva, son las que nos ayudan o nos impiden ser más felices o como es el objetivo de estas Jornadas, vivir en paz. De hecho, son aquellas cosas que decimos que son evidentes en sí mismas y que hacen exclamar - como algunas personas cuando acaban de leer la Carta - "es lo que yo siempre había pensado pero nunca había formulado".

La Carta de la Paz no es fruto de ninguna ideología, ni religiosa, ni política, ni filosófica, ni económica. Se basa en evidencias. Esta es la fuerza y el atractivo que tiene este documento. Las evidencias a menudo se ven ensombrecidas por nuestros intereses, ideologías, comodidades, apasionamientos, prejuicios. El racionalismo (que muchos autores afirman que se está acabando) hizo de la razón un dios. No obstante, todos sabemos que la razón no es absoluta sino que, como todas las cosas humanas, es limitada y está interrelacionada con el conjunto de la persona. A menudo, cuando una persona percibe que admitir una evidencia le supondrá un cambio de actitud, se resiste y, probablemente, se vuelva de espaldas y niegue la existencia de aquello que es evidente.

Todos sabemos que no somos culpables de los males acontecidos en la historia porque no existíamos. No tenemos ni culpa ni gloria. Lo sabemos, pero seguimos arrastrando los resentimientos en las familias, los pueblos, las naciones. Porque aceptar la evidencia comporta un cambio de actitud respecto a nosotros mismos, a nuestros familiares y al resto de contemporáneos. Aceptar las evidencias de la Carta de la Paz también comporta un cambio de actitud.

Ahora bien, aunque no queramos reconocer la realidad, las evidencias están ahí, tienen resistencia, son tozudas y son con independencia de que nosotros las queramos reconocer o no.

El profesor chileno, Pedro Morandé Court, decía: "Esta Carta nos invita a sustituir pensamientos, opiniones, conjeturas, por evidencias." Las ideas, las reflexiones, podríamos decir que tienen propietarios; las evidencias, en cambio, no son propiedad de nadie, sino que son de todos, son universales. La Carta de la Paz, porque se basa en evidencias, puede ser firmada por todo el mundo, independientemente de su ideología, religión, etnia, etc. También es de todos y para todos, nadie puede apropiársela.

MEDICINA PREVENTIVA

La paz hoy no es evidente; tal vez sí lo sea la dificultad de vivir en paz. La paz es algo que continuamente hay que trabajar y edificar, que nos pide trabajo, esfuerzo, atención. Pero, ¿cómo se puede construir la paz?

Podríamos pensar, por ejemplo, cómo se forma una inundación. Se forma por la suma de millones de gotas de agua que confluyen simultáneamente y que pueden llegar a arrasarse una ciudad, un pueblo. ¿Cómo se forma una guerra? Por la acumulación de resentimientos, de disconformidades de cada uno consigo mismo, con la familia, en el trabajo. Estos resentimientos convergen y pueden llegar a producir conflictos y guerras. La Carta de la Paz es una llamada a provocar una inundación de paz. Trabajar para la paz no es sólo una tarea de

políticos, gobernantes o intelectuales, es un trabajo de todos. Han de converger la acumulación de actitudes gozosas, de entusiasmo para vivir, para así crear un muro que evite la guerra. La presentación y firma de la Carta de la Paz ha abierto unos pozos. Tras su entrega a la O.N.U. habrá que inundar el mundo de la alegría de existir.

La Carta de la Paz es una iniciativa más de las muchas que existen para construir la paz. Es un itinerario de evidencias, un itinerario que parte de la realidad, de lo que descubrimos, sentimos, palpamos y vivimos. De aquello que, siendo lo más elemental, si lo olvidamos, cualquier edificio que queramos construir se hundirá.

Todos somos conscientes de que las soluciones a los problemas no son fáciles y que la Carta de la Paz, a pesar de que la semana que viene se firmará en Bosnia, no solucionaría el conflicto armado de forma inmediata. Lo mismo podríamos decir de Ruanda, Somalia, Próximo Oriente y tantos países que sufren la guerra. Pero sí creemos que esta Carta actúa como medicina preventiva para evitar futuros conflictos. En lugar de enviar aviones para resolver las cosas cuando son irreversibles, es mejor trabajar para que las personas puedan continuar encontrándose, dialogando y facilitando una convivencia más armónica. En definitiva, se trata de ir creando un clima de buena relación y de diálogo, de eliminar resentimientos, para ir haciendo posible y visible la paz.

DIRIGIDA A LA O.N.U.

En primer lugar, dirigir la Carta a la O.N.U. es una forma de felicitar a esta organización en este año que celebrará el 50 aniversario de su fundación ofreciéndole un trabajo de profundización sobre la paz.

Por otra parte, dirigir la Carta a nadie significaría un cierto endiosamiento, sería como cerrarse en uno mismo, "yo, soy autosuficiente". Ni hacer esto, ni dirigirla a la "opinión pública", nos pareció que era lo propio de esta Carta y que, en el fondo, escondería ciertos deseos de manipulación (ya que la opinión pública es manipulable). La Carta de la Paz no es críptica ni clandestina, no es oculta, sino que sale a la luz, está abierta a todo el mundo. Además, la Carta no se sitúa al margen de la sociedad establecida, ni toma una actitud de alternativa ante ella, sino que parte de la sociedad tal cual es, acepta sus modos, sus instituciones y, a partir de aquí empieza su itinerario.

Se dirige a la O.N.U. porque es la institución que mejor representa a toda la Humanidad aún teniendo sus imperfecciones y ser criticada por muchos. La O.N.U., además de otras cosas, cumple un papel de archivo público, podríamos decir "de notario". Al entregarla a este organismo, la Carta de la Paz queda archivada con un número de protocolo, queda a disposición de aquél que quiera preguntar por ella. Tiene una referencia pública. Como dice el

derecho, un documento es público, no tanto por el número de personas que lo conocen, como por el hecho de estar registrado en un archivo público porque, aunque lo conozca poca gente en cualquier momento puede darse fe pública de él.

Paso ahora a glosar los diez puntos de la Carta de la Paz. En algunos entraré más a fondo que en otros, a los que otros ponentes se referirán.

COMPENDIO DE LA CARTA DE LA PAZ

1. Unos principios que ayuden a superar obstáculos y que sean fundamento de paz.

La Carta de la Paz tenemos que situarla en el fundamento de la sociedad, en el corazón de la vida, en las personas, no en las estructuras sociales. Muchas personas nos preguntan por qué un documento para la paz no habla de la carrera armamentista, del subdesarrollo, del 0.7%, de los sistemas económicos injustos, es decir, de aquellos problemas de los que los medios de comunicación social nos informan continuamente.

Siendo todo ello muy importante, la Carta de la Paz considera que la paz es algo más profundo; está en la raíz de las cosas. La paz global - como dice la presentación de las Jornadas - empieza por la paz con uno mismo y ésta se basa en la aceptación gozosa de la propia realidad, porque soy quien soy o no existiría. En consecuencia, para construir la paz, conviene no dar entidad a aquello que nosotros ideamos, suponiéndolo tan o más real que la misma realidad, sino vivir la aceptación de uno mismo y de la historia concreta tal como ha sido. Una aceptación que, para que sea auténtica, ha de impulsar al despliegue de las virtualidades comprendidas en la misma realidad.

La aceptación gozosa de la propia realidad (la evidencia de que soy quien soy) y de la propia historia (porque si no, no existiría), es el punto de partida de la carta de la Paz, el motor que nos lleva a trabajar y a construir un mundo en paz.

Al contrario, la no-aceptación de la realidad, nos lleva a cerrarnos y a pelearnos con nosotros mismos a buscar continuamente a los culpables de nuestra situación, a aquéllos que han sido la causa de mi precaria existencia. Si éstos aún existen, me volveré agresivo contra mis padres, mis hermanos o contemporáneos. La no-aceptación se convierte en el humus necesario para que los resentimientos se enraícen.

Nuestra razón, con argumentaciones lógicas, filosóficas, ideológicas, religiosas etc., puede apaciguar el conflicto y hacernos vivir en una falsa situación de paz. Cualquier circunstancia que irrite nuestros resentimientos puede hacer que nuestra racionalidad encuentre argumentos

ideológicos, filosóficos, económicos, políticos y por desgracia, también religiosos, para defender la guerra.

Aceptar con alegría ser quien soy y como soy, porque si no, no existiría, crea la base necesaria para que se enraícen la paz, la alegría, la capacidad de amar, el deseo de trabajar para hacer un mundo mejor. Vivir con gozo la existencia, quien soy, aceptar con gozo la realidad tal como es, es el motor del entusiasmo que me mueve a hacer todo lo necesario.

2. Obstáculos

La Carta de la Paz nos presenta como gran obstáculo para alcanzar la paz el resentimiento. Es muy difícil construir la paz sobre los resentimientos históricos grabados por los mayores en el corazón de los niños y los jóvenes.

La Carta de la Paz señala unas evidencias para evitar confusiones. Los contemporáneos no tenemos culpa alguna de los males que han pasado en la Historia, por la sencilla razón de que no existíamos. La Historia, con todo lo que tuvo de bueno y malo, ha sido la causa precisa para que existamos los que hoy existimos.

Allí donde se presenta la Carta de la Paz, este punto supone un descubrimiento iluminador para todo el mundo. Pero, por lo que vemos, no hemos sabido darnos cuenta de su importancia ya que en todas partes descubrimos cómo estos resentimientos son causa de muchas guerras. Slobodan Milosevic afirmaba: "Queremos devolver a los croatas y a los bosnios todo lo que sus antepasados hicieron a nuestro pueblo en la última guerra europea". Pero los jóvenes que hoy luchan en esta guerra, entonces no estaban.

Del punto 1 al 4, se afirma la novedad de cada persona humana: antes no existía. Es una evidencia básica. Cada ser humano existe nuevo, libre, original, existe a partir de un momento y no es responsable de todo lo anterior. Aceptar esa evidencia es superar la tentación de que los pueblos, las etnias, las familias, etc., se crean Dios, dándoles una categoría superior al hombre, como si éste fuera sólo una célula de estas estructuras, a las que los individuos puedes ser sacrificados. Entonces surgen afirmaciones como la de Rettko Mladic, general del ejército serbio-bosniano: "las fronteras se trazan con sangre".

Nuestra mayor dignidad no consiste en ser la parte de una totalidad ni en ser perfectos. Nuestra dignidad primordial consiste en ser una persona humana- y en tanto que humana, limitada - y esto es suficiente. Esto no quita que toda persona, por esencia, tenga una dimensión social, pero la base social está en las personas.

Somos nuevos y libres, pero no somos los primeros de la historia; somos herederos de una historia, de sus glorias y sus calamidades. No somos esclavos de ella, pero tampoco somos a-

históricos. No debemos olvidar la Historia, sino más bien al contrario: debemos conocerla muy bien y no repetir los errores del pasado; intentar procurar el bien mejor de los que hoy existen, pero sabiendo que si la Historia se hubiera desarrollado de otra forma, nosotros no habiéramos existido. Y la Carta, lo que hace es invitarnos a renunciar a buscar culpables del mal de la historia pasada. No somos ángeles justicieros ni vengativos que queremos poner en orden los desmanes, no ya del presente, sino de toda la historia. Algunas personas piensan que la venganza es como limpiar la Historia, limpiar nuestra ascendencia, para así quedar limpios y vivir con honor. Firmar estos artículos es renunciar a buscar culpables siempre y en toda circunstancia, y admitir la humildad de asumir las consecuencias de todo lo malo que sucedió en la Historia.

En el fondo, tener y alimentar resentimientos es como cargar las pilas para poder, cuando llegue una situación propicia (económica, social, deportiva, etc.), descargar contra alguien. Renunciar a los resentimientos es renunciar al deseo de guerra, de venganza, de cólera, porque hoy, en este mundo, ya no existen los responsables de los males de la Historia pasada. No hay que buscarlos, han muerto. Pero esto no se puede hacer si no se está contento de ser quien se es y como se es.

Tras vencer la tentación de la guerra y buscar el deseo de paz, podemos ser amigos. Los amigos trabajan juntos. Tenemos que construir un mundo más solidario y gratificante y no cada uno por sí solo, ni cada país por sí mismo. Por esos hay que trabajar conjuntamente para hacer del mundo una globalidad. Hoy, más que nunca, los países no pueden dedicarse sólo a buscar su propio bien sin colaborar en el bien de todos porque, entre otras cosas, el resto de países no dejarán que lo consigan.

Hay una tarea educativa por hacer, que es enseñar la Historia, no partiendo del esquema de "vencedores-vencidos", según el sentido de gloria y honor, sino con rigor y fidelidad a la veracidad de los hechos.

3. Hermanos en la existencia

Una vez eliminados los obstáculos, podemos fundamentar la construcción de la paz. La Carta señala un primer principio para alcanzar este objetivo: somos hermanos en la existencia. De nuevo, estamos ante una de aquellas evidencias que parecen de perogrullo. Hay un hecho que nos une de raíz a todos los seres humanos: el hecho de existir. Todos existimos. Podemos decir, pues, que tenemos una fraternidad existencial.

Por otra parte, es cierto que hay cosas que nos diferencian, que hay diversidad de etnias y de culturas, pero también lo es que el hecho de existir nos une a todos. De alguna forma, puedo

decir que soy más hermano de un chino que de mi hermana, ya que si no existiera, no podría ser hermano, padre o hijo de nadie.

Fundamentar la paz sobre aquello que nos diferencia crea, de buen inicio, todo tipo de divisiones y discordias.

Si convertimos la familia carnal, tribal o nacional en el único elemento básico de la sociedad, por encima de la persona, estamos estableciendo divisiones entre los seres humanos. Si, además, estos grupos humanos permanecen cerrados en sí mismos y luchan por sus intereses, esto conlleva competencias desmesuradas, luchas de todo tipo y, en demasiadas ocasiones, guerras.

Hay que fundamentar la paz en aquello que nos une: el hecho de existir. Darse cuenta de esta realidad, hace que resituemos en su lugar exacto a la familia carnal, a los consanguíneos, etc. Porque sabemos que hay una concepción más amplia: que estos grupos no se acaban en los de mi sangre, en mis fronteras, sino que se extienden a aquéllos, que, siendo fruto de la misma Historia, se convierten en contemporáneos.

Todo el mundo está de acuerdo en reconocer que la solidaridad es imprescindible para una buena convivencia. Pero, ¿desde dónde se edifica la solidaridad? ¿Por qué tenemos que preocuparnos de los esquimales o de los rwandeses? Si la solidaridad es fruto de la lástima que nos generan ciertas imágenes en los medios de comunicación social, esta solidaridad durará lo mismo que las imágenes. Tenemos que saber descubrir que los otros tienen algo en común a nosotros. Un primer punto de partida, real y evidente, es que todos existimos. Esto nos iguala a todos. Podrían existir otros seres, pero existimos nosotros. Vivimos una fraternidad existencial. Y no querer ver esto, a menudo, es no aceptar que los otros que conviven conmigo no son extraños, ni un problema económico, ni de inseguridad, etc.

La Carta de la Paz es una vacuna preventiva contra la lucha entre etnias, familias, naciones... Nos da una base sólida desde la que podemos sostener las distintas relaciones humanas; ayuda a establecer distintas estructuras sociales sobre unidades geográficas humanas, respetando los distintos elementos que constituyen la idiosincrasia de aquel pueblo o nación. Pero siempre y cuando estas unidades descansen sobre la fraternidad existencial. De tal manera que se sientan unidos a los otros, que permanezcan abiertos a esta savia del existir común de todos en la tierra.

Muchas veces decimos: "Este espacio natural, este monumento arquitectónico, esta especie animal... son patrimonio de toda la humanidad, es tarea de todos los países conservarlos y poner todos los medios para preservarlos". Aún es más patrimonio de la humanidad la persona humana, pero con una diferencia radical: no es un simple patrimonio, sino un hermano en la existencia, lo cual siempre supone un vínculo mucho más fuerte y sólido que el patrimonial. El

patrimonio se conserva por egoísmo, por interés, mientras que los hermanos son causa de felicidad. En este sentido, si la Carta de la Paz sirve para que una sola persona no muera, todo el esfuerzo ya habrá valido la pena.

La Carta de la Paz también recuerda que dentro de cada núcleo social, existen también miembros del colectivo que son marginados por su modo de ser: mujeres, niños, ancianos. También otros grupos sociales que no pueden participar plenamente en el desarrollo de la sociedad a la que pertenecen.

No existe ningún ser humano que pueda ser considerado inferior en dignidad respecto a otro, puesto que esa dignidad básica proviene del hecho de existir, y éste lo compartimos todos en igualdad de condiciones. Nadie ha pedido existir, han sido los otros los que han querido engendrar a otra persona.

Algunos piensan que los grupos marginados lo son voluntariamente, que la situación en que se encuentran es responsabilidad suya. Esto, en cierto modo, es una autojustificación, porque, en realidad, nadie busca la marginación por sí solo. Hemos recibido una herencia, una situación social, cultural y, a menudo, este entorno familiar y social no ha sido entusiasta, llevándonos a querer permanecer al margen.

Es una cierta soberbia no querer atender a una persona aunque uno sepa que ha obrado mal y sufra las consecuencias de su comportamiento. No atenderla es expresión de la soberbia de pensar que él no se equivocará ni actuará nunca mal. Es propio de la limitación de la humanidad que nos equivoquemos, que hagamos daño. Ahora bien, todos juntos, sin olvidar a nadie, debemos seguir adelante.

Los progenitores, junto con la sociedad, han de propiciar a sus hijos, los recursos necesarios para desarrollar su vida con dignidad. Si las personas no han pedido existir, es responsabilidad de los progenitores, ayudados por la sociedad, proporcionar un nivel de vida digno hasta el final de la vida de los engendrados. La Carta sitúa la responsabilidad de la paternidad en el marco actual. En un momento en que no existe trabajo remunerado para todos, no dar el mínimo para vivir con dignidad a las personas que no pidieron existir, es abocarlos a la delincuencia y a la marginación.

La economía, el hecho de ganar un dinero, no puede ser la motivación global de las personas. Hay que dar a todo el mundo, por el mero hecho de existir, unos niveles de renta mínima. El salario por la existencia es un salto cualitativo que nuestra sociedad tiene que dar, y que no puede marginar a nadie, ya que nadie ha pedido existir. Esto conlleva una gran responsabilidad de los progenitores en el momento de engendrar, ya que han de aceptar esta responsabilidad con todas sus consecuencias. La sociedad también es responsable. Si toda la Historia

inmediata anterior hubiera sido distinta, hubieran nacido otras personas. Por lo tanto, la sociedad también ha tenido parte en el hecho de que hayan nacido precisamente estos seres humanos. Por supuesto que la Carta de la Paz no dice que la sociedad tenga una responsabilidad igual que la de los progenitores. Estos tienen siempre la decisión de engendrar y, por tanto, la principal responsabilidad en el cuidado de los hijos. La sociedad aquí no puede intervenir por encima de los progenitores. Obviamente, no se trata sólo de proporcionar unos medios económicos y materiales, sino, como bien indica la Carta de la Paz, de dejar en herencia un mundo en convivencia pacífica, de comprometerse seriamente a favor de la paz. Si uno no quiere construir un mundo en paz, no puede engendrar unos hijos que luego tendrán que sufrir las consecuencias de la guerra.

Hay que entusiasmar a los jóvenes en la alegría de existir. Esto despierta la vocación de trabajar en el mundo, no por el hecho de tener que ganarse el pan, sino para conseguir un mundo mejor. Sólo así se adquiere un compromiso libre por la paz.

Una sociedad que no entusiasme a los jóvenes, provoca y crea un ambiente propicio a la indiferencia, a la insolidaridad, a la queja. "Si no estáis contentos, ¿por qué nos traéis al mundo? Si no queréis la paz, ¿por qué nos traéis al mundo? Si no os amáis ¿por qué nos traéis al mundo? Así pues, ahora soportadnos y aguantadnos." Este nunca será un camino de paz.

Hay que entusiasmar a los jóvenes para sacarlos de la atonía. Si protestamos, si nos quejamos todo el día, ¿cómo se entusiasmarán? Hay que hacer un esfuerzo para vivir la paz y la alegría; entusiasmar con el ejemplo de los padres y de la sociedad, para hacer un camino que no sólo llegue a la O.N.U. sino a cada UNO de nosotros.

4. La libertad

La falta de respeto a la libertad es causa de que en el ámbito familiar, comunitario, social y entre países, no haya paz.

Todos los hombres necesitan amar y ser amados. La ausencia de amor lleva patología e infelicidad. Y lo más grave es que nos deteriora para poder amar en plenitud.

Pero la necesidad de que nos quieran, puede llevarnos a exigir que lo hagan. Cuando esta exigencia deviene imposición, estamos impidiendo, precisamente, aquello que pedimos: que nos puedan amar.

En el ámbito familiar, los esposos no siempre fundamentan su amor en la libertad. La presión social, el hecho de no quedarnos solteros, los celos, el machismo, etc., hacen que esa convivencia que tendría que ser pacífica y alegre, se vuelva conflictiva. No se puede amar a

otro sólo porque sea su marido o su mujer, porque hay un contrato matrimonial. Porque el amor, o nace desde la libertad o no es amor.

Por otro lado, la relación de consanguinidad no es suficiente para garantizar el amor. Fundamentar las relaciones de padres e hijos sólo en la sangre, en ser "hijo de", en los apellidos, es causa de muchos de los sufrimientos actuales. Que uno sea causa de haber dado la vida, no da la potestad de que el otro le quiera. En cambio, cuántos padres y madres, convierten este hecho en el criterio principal para que sus hijos les amen.

El agradecimiento a la vida dada, a las atenciones recibidas en los primeros años de la vida, todo lo que han hecho por uno, no supone necesariamente una obligación para que los hijos quieran a sus progenitores. De aquí que respetar la libertad de los esposos, de los padres y de los hijos es el camino adecuado para alcanzar un aprecio cordial y, por lo tanto, la paz. En el ámbito de nuestra sociedad, los distintos dirigentes sociales no fundamentan las relaciones sociales en el respeto a la libertad. Se inventan pequeñas trampas para dominar a los demás, para garantizar su fidelidad.

Los empresarios basan la relación con sus trabajadores en la capacidad de darles o no un trabajo y, en consecuencia, un salario. Los trabajadores basan su fuerza en hacer que el empresario gane más o menos beneficios. Estas relaciones no conducirán nunca a la paz. Los dictadores utilizan la fuerza y la opresión con la pretensión de que el pueblo les respalde. Sin embargo, el verdadero apoyo, nunca podrá nacer de una imposición. A los dictadores se les obedece, no se les ama. Y mientras que la obediencia nace del miedo, el amor nace de la libertad.

La guerra fría, fundamentada en el miedo y en la fuerza de las armas, nunca fue garantía de paz. Se daba una situación de falsa paz. El miedo es consecuencia de no respetar la libertad y sobre este fundamento no se puede construir ningún tipo de edificio, al menos, no un edificio que en siglo XXI tenga que ser convivencia de paz. Por esto, las relaciones entre los países no pueden ser de dominio, de imperialismo, de vencedores y vencidos, de superioridad económica o bélica. Todo esto conllevaría el miedo, el desencanto y, en cierta manera, el deseo de derrumbar al otro para ser uno mismo quien domine.

Los políticos, con sus actuaciones, pretenden que la gente les aprecie, y así utilizan la economía, los servicios sociales como instrumento para conseguir votos. Con estos votos, ponderan el apoyo social que tienen de sus conciudadanos. Y en función de estos votos, aplican unos u otros criterios, intentando favorecer a aquéllos que más votos les han dado. Es una sutil manera de imponer el respaldo, pero, como se puede constatar en nuestros días, esto es causa de desconfianza, de enemistades políticas, de ruptura social. La democracia debe dar un salto cualitativo; no puede convertirse en una sutil dictadura de la mayoría, ni

tampoco albergar el trabajo de unos grupos políticos que, en lugar de buscar el bien de todos los ciudadanos, persiguen arrancarse votos los unos de los otros como quien quiere arrancar el mayor grado de aprecio del mayor número de ciudadanos.

En la evolución de las democracias se vislumbra un nuevo paso. Además de permitir la libertad de pensamiento, de expresión y de agrupación política, pueden posibilitar que todos los ciudadanos -es decir, no sólo los seguidores del partido ganador- puedan vivir conforme a su pensamiento político. Para lograrlo, hay que reconocer el derecho de las agrupaciones, partidos políticos, a que sus integrantes organicen sus vidas de acuerdo con su propio programa. Por supuesto que todos los grupos tendrán que aceptar la convivencia y respetar a los demás. Hay que garantizar, del mismo modo, la libertad de cada persona a abandonar un grupo e integrarse en otro, más cercano a sus convicciones.

De aquí que difundir, favorecer, desarrollar la genuina libertad de los individuos en todos los niveles sociales es propiciar que las relaciones de las personas se fundamenten en el aprecio y éste sí es un buen fundamento desde el que puede construirse la paz.

5. Gracias, amigos y amigas.

La Carta empieza y acaba con la palabra "amigos". Es su apertura y su final. El resto de su contenido está ahí incluido. Es un camino a seguir: salir de la amistad para llegar a la amistad. Partimos de una relación entre personas y grupos basada en la consanguinidad, la justicia, la historia, para llegar a una relación basada en la libertad y el amor. El agradecimiento nace de la libertad y el amor.

Para construir la paz no basta con conformarnos con el origen de nuestro ser -he nacido en una familia, en un pueblo, en un país-, pensando que esto ya crea los lazos suficientes. Tenemos que mirar adelante y entender que hay que alcanzar una amistad desde la libertad, que nos permita construir un lazo sólido y solidario.

La obligación, la imposición, el "me ha tocado", la queja, el fatalismo, la resignación, la norma, no son una base suficientemente sólida para edificar la paz. Cualquier interés personal o situación atípica, comporta siempre tener que apelar a las leyes establecidas y éstas, demasiadas veces, se interpretan y manipulan en función de dichos intereses personales. La solidaridad no se alcanza sólo con acuerdos y negociaciones, ni tampoco por una finalidad concreta, porque, o se acabará al alcanzar dicha finalidad o, en el caso de no llegar nunca a alcanzarla, nos cansaremos porque los otros no nos permiten llegar.

Los hermanos, los vecinos, los amigos, los conciudadanos, los contemporáneos, con sus límites, sus cosas, sus intereses, sólo si se aceptan libremente, se pueden amar. La libertad es

una buena base para la amistad. Esta nos permite llegar, no sólo a la paz, sino también a la fiesta. Hay que pasar de una amistad dada por las circunstancias (por ejemplo la sangre, la nacionalidad) a una amistad libre y agradecida. Esta es universal, sólida y solidaria porque es libre. Amigos sin resentimientos, para ser verdaderamente amigos.

Un matiz del porqué poner "amigos, amigas". Difícilmente alcanzaremos la paz mientras media humanidad no pueda vivir una amistad con la otra media. No será posible la paz mientras los hombres y las mujeres vivan una amistad condicionada, sometida, celosa, de dominio de uno sobre otro. Quién sabe si tal vez este es el primer punto que debemos revisar en nuestro itinerario de paz; no sólo porque los hombres hayan sometido a las mujeres, sino porque aún hay resentimientos entre ellos. La amistad se da entre iguales, por eso ambos, hombres y mujeres, deben ser libres.

Recuperando la imagen utilizada anteriormente, hasta ahora no hemos hecho más que abrir pozos con la expansión de la Carta de la Paz, recogiendo firmas en todo el mundo. Después de la entrega a la O.N.U., va a tener que inundar el mundo de esa paz y esa alegría.